

Cita: García Beltrán G., López Díaz C.A., Valseca Rojas R.; Territorio y localismo en el desarrollo del México Rural; en: Cavallotti V. B.; Ramírez Valverde B., Marcof Álvarez C., (Coord.) Alternativas para el desarrollo sustentable de la ganadería, Universidad Autónoma de Chapingo y Colegio de Postgraduados, Chapingo México, 2007. pp: 37-47

Territorio y localismo en el desarrollo del México rural.

Gabriela García Beltrán*, Carlos Antonio López Díaz*, Rosalío Valseca Rojas**

*Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia UNAM, **Investigador Independiente

Introducción

Los modelos convencionales de desarrollo rural no han logrado eliminar la pobreza de las áreas rurales, ni tampoco integrarlas democráticamente al progreso nacional. Como consecuencia, la mayor parte de la población rural del país se encuentra en situación de pobreza, mientras que la sociedad en general desaprovecha las oportunidades de crecimiento y progreso que podrían alcanzarse con el desarrollo del sector rural del país. En el extremo, la paz social necesaria para el progreso social y económico está en riesgo debido a las condiciones de marginación que se prevalecen en extensas áreas del medio rural mexicano.

Sin embargo, el proceso de integración del sector rural no es un asunto fácil de resolver, pues un sinnúmero de iniciativas orientadas a este objetivo han fracasado, o bien, no han tenido el suficiente éxito en el pasado (Zorrilla, 2003b).

El sistema agroalimentario mundial y en general, el sistema económico mundial, no ofrece muchas oportunidades para el desarrollo de las áreas rurales actualmente relegadas, pues la globalización tal como está dirigida actualmente, excluye a los social y económicamente marginados, debido a que su lógica es la productividad y rentabilidad. Por otro lado, la misma globalización financiera internacional reduce los espacios de maniobra de los gobiernos nacionales y sobre todo la de los países en desarrollo, incluidos desde luego los latinoamericanos.

El papel central que en el sistema alimentario actual desempeñan las corporaciones transnacionales agroalimentarias (Teubal 2001), reduce fuertemente la posibilidad de incorporación de los pequeños productores rurales, pues sus sistemas de producción tienen enormes desventajas para participar en los mercados actuales, en donde la estandarización, la inocuidad y la rastreabilidad exigen cambios radicales en sus formas de producir, los cuales son prácticamente imposibles para ellos, más aún si se considera que las políticas públicas de los países en desarrollo actualmente se caracterizan por el agudo retiro de los apoyos gubernamentales a la producción agropecuaria, mientras que se generalizan los esquemas asistencialistas y focalizados orientados a los pobres del campo.

El presente ensayo explora estos problemas e intenta incorporar los conceptos de territorio y localismo en una propuesta de desarrollo rural democrática e incluyente para el campo mexicano.

El México rural.

En el México actual se han abandonado los ejes fundamentales sobre los cuales se construyó, en el siglo pasado, la realidad rural del país. El modelo neoliberal impulsado a partir de las reformas a la Ley Agraria de 1992 y de la incorporación del sector agropecuario al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, son contrarias al esquema agrario consolidado en la Constitución de 1917, la cual representó el gran pacto social que permitió la paz social sobre la que se desarrolló el México moderno a lo largo del Siglo XX (Calva, la disputa por la tierra).

En efecto, sólo por medio de la consolidación en la Ley de una reforma agraria que incluyó la restitución de las tierras usurpadas a los pueblos y comunidades, la eliminación de los latifundios y la obligación del Estado de dotar de tierra a los núcleos poblacionales que no contaran con ella o la tuvieran en cantidad insuficiente, fue posible pacificar a un país que había padecido siglos de opresión y exclusión social, acentuados fuertemente durante el Porfiriato, y que gracias a la Revolución veía la oportunidad de reivindicar demandas ancestrales, sobre todo en materia agraria.

Si bien es cierto que el cumplimiento de la reforma agraria fue lento especialmente en algunos sexenios, para 1992 se había repartido más de la mitad de la superficie nacional a ejidos y comunidades agrarias. Para cuando se dio por terminado el reparto agrario, 103 millones de hectáreas se habían integrado a 29,950 ejidos o comunidades agrarias, beneficiando a alrededor de 3.5 millones de familias campesinas (Warman, 2000).

La reforma del Artículo 27 y la Ley Agraria llevada a cabo en 1992 representa, para algunos autores, un retroceso en términos de justicia social. (Calva 1993) La reforma tuvo como objetivo integrar al mercado la propiedad social, fomentar la participación de la inversión privada en el campo y favorecer la concentración de la propiedad. (idem) Los fundamentos son básicamente económicos, pues se basan en el supuesto de la ineficiencia del esquema de propiedad ejidal que por un lado impedía la circulación de la tierra en el mercado y provocaba en consecuencia su asignación deficiente, y por el otro, la inseguridad en la propiedad de la tierra como obstáculo para realizar inversiones de largo plazo.

Sin embargo, la concentración de la tierra y su inclusión en el mercado representan una amenaza para millones de familias campesinas, pues en un entorno de escaso crecimiento económico que cierra la posibilidad de integrar a los desplazados del campo a los demás sectores de la economía, la tierra es un recurso fundamental para evitar el hambre y contribuir a la seguridad alimentaria en el ámbito regional. Efectivamente, a excepción de cuando ocurre un evento natural o social (guerras, sequías, inundaciones, etc.) que afecte la producción local de alimentos, la presencia de hambre está asociada principalmente con la falta de acceso de los pobres a la tierra (Hodges 2005).

Así, no es de extrañarse que a más de diez años de llevada a cabo la reforma, la mayoría de los campesinos hayan decidido conservar el régimen ejidal en sus tierras, ni tampoco que sean sumamente escasos los ejemplos exitosos de co-inversión entre el sector privado y el social, e incluso que algunos experimentos que se hicieron en este sentido hayan sido fracasos rotundos pese a que contaron con abundante financiamiento público.

En el Siglo XXI, quizá el reto más desafiante para nuestro país sea el de integrar democráticamente a la vasta población rural del país y a sus territorios al desarrollo nacional. Desde luego, existen varios proyectos para afrontar este desafío, pero en nuestra opinión, si alguno pretende ser exitoso debe integrar, entre otros elementos, dos que son fundamentales: el reconocimiento y fortalecimiento de los sistemas de producción tradicionales y diversificados y la orientación de la producción a los mercados locales mediante la integración territorial de los espacios rurales.

El modelo agroalimentario mundial

La globalización ha sido definida como la expansión de las relaciones capitalistas de mercado, o sea, la mercantilización de las numerosas esferas de la actividad económica, social y cultural que anteriormente no estaban incorporadas a él. (Teubal 2001) Este proceso ha implicado el creciente dominio de una diversidad de espacios económicos y sociales por parte de las grandes corporaciones transnacionales, en su mayoría, a costa de la pérdida de poder y participación de los Estados nacionales.

El sistema agroalimentario mundial se caracteriza por estar, en términos de la definición anterior, fuertemente globalizado, pues está principalmente orientado a la producción y comercialización de bienes con alto valor agregado, destinados a la satisfacción de demandas de los consumidores solventes, más que a la reducción del hambre en el planeta. Hoy en día grandes áreas agrícolas, forestales y pesqueras en el mundo, están produciendo bienes para satisfacer necesidades de los habitantes ricos de países desarrollados, mediante sistemas de producción que generan o aprovechan la pobreza de las áreas productoras, deterioran el medio ambiente y expanden el control transnacional de la agricultura. Son sistemas desvinculados con las realidades regionales de cada país, cuyo fundamento es aprovechar las ventajas competitivas de cada región, aun cuando estas ventajas puedan ser la mano de obra barata o la falta de regulaciones laborales o ambientales. Así, en México la industria de hortalizas florece gracias no sólo al clima y la existencia de sistemas de riego, sino también a los bajos sueldos, la posibilidad de utilizar agroquímicos prohibidos en otros lugares, de contratar niños para las labores agrícolas y a la falta de regulaciones laborales en materia de seguridad que hacen que año con año cientos de jornaleros mexicanos resulten intoxicados con agroquímicos.

Adicionalmente, el actual esquema mundial de subsidios agrícolas refuerza el control corporativo del sistema, pues el mayor porcentaje de éstos se destina no a los agricultores pobres, sino a las grandes corporaciones internacionales agroalimentarias (Hodges, 2005, Sharma, 2006). Sharma estima que menos del 20 por ciento de los mil millones de dólares de subsidios agrícolas que diariamente se reparten a escala mundial es destinado a los pequeños agricultores, de tal manera que el 80% restante va directamente a reforzar el gran poder económico y político de las corporaciones agroalimentarias. Esta situación no es sólo propia de países desarrollados, sino que también ocurre de manera generalizada en los países en desarrollo como México, en donde la mayor parte de los subsidios a la producción y comercialización agropecuarias están destinados no a los campesinos pequeños y pobres, sino a los más grandes y exitosos.

La globalización del sistema agroalimentario mundial influye fuertemente en los esquemas de generación y transferencia de tecnología de todo el mundo, pues actualmente éstos están diseñados para favorecer y fortalecer la producción de mercancías para los mercados urbanos e internacionales, dejando de lado el cuidado del medio ambiente, la sostenibilidad y equidad social (Altieri, 2002). En este contexto, la expansión de los cultivos de organismos genéticamente modificados (OGM) representa no una esperanza para mejorar la nutrición y abatir el hambre del planeta, sino una amenaza para el medio ambiente y las economías de los productores campesinos, que con los OGM pierden competitividad e independencia.

En resumen, el actual modelo agroalimentario mundial considera a los espacios territoriales como conjuntos de recursos que pueden ser aprovechados en términos de sus ventajas competitivas para satisfacer demandas solventes de productos y servicios agropecuarios. La lógica de la economía de mercado supone que mediante este principio se logra obtener el máximo de riqueza social (medida con la suma del precio de las mercancías) y con ello, el mayor bienestar posible. Claramente este enfoque no considera a las personas como punto de partida, sino de llegada, lo que trae como consecuencia que un importante porcentaje de la población rural del mundo - principal, pero no exclusivamente aquella que se asienta sobre territorios marginales y marginados- sean para el sistema prescindibles, desechables, "sobrantes" del proceso de globalización y modernización del mundo.

Bajo esta visión existe una enorme masa de grupos sociales alrededor del mundo cuyas formas de vida y producción no se consideran útiles para la sociedad, sino por el contrario, un freno y un obstáculo para progreso y el bienestar social. Estos grupos son receptores sólo de programas asistencialistas que tienen como objetivo "ampliar sus capacidades y oportunidades" para integrarse al proceso global, aun cuando sea en los lugares más desventajosos y vulnerables del sistema.

Elementos para una propuesta social y ambientalmente viable de desarrollo rural.

El mito de la oferta tradicional del desarrollo y la necesidad de fortalecer lo diverso

Pensar que es posible generalizar los modelos de producción y consumo de los habitantes de los países desarrollados a toda la población mundial es ingenuo; ofrecerlo es irresponsable y demagógico. Los niveles de consumo de energía y generación de desechos de los miembros de las clases medias y ricas de los países desarrollados son sumamente elevados. Se estima que el habitante promedio de los países desarrollados consume entre 7 y 10 veces más energía que los habitantes de países pobres; con la generación de desechos ocurre lo mismo (Erllich, 1994). Así, dejando de lado las dificultades políticas, económicas y culturales que se oponen a la construcción de una sociedad global en la que todos sus miembros tengan acceso a los beneficios de la globalización, es necesario reconocer que los límites físicos del planeta impiden lograr este objetivo, tanto en lo que se refiere a la disponibilidad de recursos, como en su capacidad de absorber sin consecuencias los desechos de la actividad humana. Hoy en día ya enfrentamos problemas por el acceso a la energía (reflejado ahora en los altos precios del petróleo) y de cambio climático, ambos consecuencia del modelo industrial de desarrollo que hemos seguido en los últimos 200 años.

Así, es necesario reconocer que una sociedad global incluyente y sostenible sólo es posible a partir de la diversidad de formas de producción y vida, por lo que éstas deben respetarse y fortalecerse, lejos de ser estigmatizadas y atacadas como ocurre en la actualidad (Barkin, 1998, Esteva, 1996). En efecto, hoy día las formas de producción y vida diferentes de lo “moderno” son consideradas atrasadas, precarias y perjudiciales, mientras que desde distintas esferas de poder se promueve su desaparición mediante el argumento “modernizador y globalizador”.

Bajo este argumento, nuestra propuesta de desarrollo lejos de ofrecer modernizar el campo mexicano en términos occidentales desarrollados, propone respetar y fortalecer la diversidad de los sistemas de producción tradicionales y regionales, así como el marco institucional creado en torno a ellos. Como primer paso reconoce que la estructura agraria del país es una construcción histórica y social con base en la cual habrá que formar una estrategia viable para ejidos y comunidades, como los principales sujetos sociales del medio rural. En este mismo tenor, creemos que es necesario revalorar el conocimiento tradicional sobre el uso de los recursos naturales, y mejorarlo (no sustituirlo) con el desarrollo de tecnologías específicamente orientadas a ellos.

El territorio como conjunción de la diversidad

Una propuesta alterna de desarrollo debe evitar considerar los espacios rurales como un base de recursos que debe organizarse con el único propósito de integrarse a los mercados mundiales mediante el aporte de mercancías atractivas; por el contrario, debe visualizarlos como espacios

complejos en los que confluyen el medio ambiente, la producción económica, las realidades socioculturales y los juegos políticos, con el objetivo de satisfacer las necesidades de sus habitantes. Es decir, debe ser una propuesta que ponga el énfasis principal en las personas y no en las mercancías; que conciba a los habitantes de los territorios como personas con necesidades materiales, psicológicas, culturales, etc., y no como simples recursos en el proceso para los cuales encontrar un uso productivo.

El objetivo debe ser lograr la cohesión social y territorial, la primera entendida como la expresión de sociedades nacionales en las que prevalecen la equidad, el respeto a la diversidad, la solidaridad, la justicia social y la adscripción; y la segunda como la expresión de espacios, recursos, sociedades e instituciones inmersos en regiones, naciones y ámbitos supranacionales, que los definen como entidades integradas cultural, política y socialmente. (Echeverri et al, 2003.)

Aunque en los territorios los distintos actores y esferas de la actividad humana interactúan intensamente en un entramado complejo y rico, los enfoques de desarrollo rural tradicionales han puesto mayor énfasis en la esfera productiva y específicamente en las actividades agropecuarias, provocando con esto una visión parcial de la realidad, que muchas veces limita las posibilidades de éxito de los esfuerzos gubernamentales y privados. Por ello, utilizar un enfoque territorial tiene además la ventaja de considerar que lo rural va más allá de lo agropecuario, lo que permite ampliar las opciones de generación de riqueza, así como reforzar las relaciones de cooperación y sinergia entre los distintos actores de los espacios rurales.

Fortalecimiento de lo local

El localismo en el ámbito alimentario es una propuesta de desarrollo que se orienta a la defensa de la cocina y los alimentos regionales, de las cadenas de producción y distribución locales y de su diversidad, y ayuda a combatir la tendencia centralista y homogenizadora que tiene como efecto una mayor concentración de poder económico y político en las corporaciones transnacionales agroalimentarias (Dahlberg, 2001). La rica y enorme variedad de ecosistemas y culturas regionales en México, brindan una enorme oportunidad diseñar cadenas de producción que aprovechen los alimentos y la cocina regionales, además de las redes de comunicación y cooperación existentes.

El objetivo implica un enorme esfuerzo en términos de rediseño de las estrategias tradicionales, caracterizadas por su verticalidad y falta de interacción horizontal, lo que genera planes y programas desligados de la realidad de las personas y duplicidad de esfuerzos gubernamentales y privados. En este contexto, la nueva Ley de Desarrollo Rural Sustentable es un paso en el sentido correcto de fomentar la participación de las personas en la definición y construcción de proyectos de importancia regional, y en la integración de los esfuerzos de los distintos agentes institucionales presentes en un territorio.

Sin embargo, el fortalecimiento de lo local tiene sus propios riesgos. Por una parte, está la posibilidad del surgimiento de regionalismos fanáticos que generen conflictos de integración a escala nacional y mundial (DePuis, 2005) . A este respecto, la propuesta no pretende crear espacios aislados y puros de identidad regional, sino aprovechar y fortalecer, incluso por medio del comercio nacional e internacional, la diversidad de formas de vida y producción de las regiones rurales del país. Por otro lado, diversos esfuerzos de localismo en otros países han servido no para distribuir mejor el poder económico y político, sino por el contrario, han permitido a las elites regionales ocupar los nuevos espacios de poder construidos, o bien, los arrebatados a las corporaciones agroalimentarias (DePuis, 2005). En este sentido, una propuesta como la que hacemos aquí debe poner especial interés en fomentar la participación democrática de la sociedad, como un elemento central para evitar que los esfuerzos colectivos sólo sirvan para reconcentrar el poder político y económico.

Algunas opciones en ganadería

Producción de leche familiar.

Tradicionalmente se ha buscado que los productores de lechería familiar se integren a la industria de leche pasteurizada. Se han implementado para ello esquemas de colecta y conservación de leche, se han financiado grupos de productores para la construcción de plantas pasteurizadoras, se han fomentado acuerdos entre los pequeños ganaderos y las grandes pasteurizadoras, etc.

Sin embargo, estas estrategias tarde o temprano llevan a los productores a competir con las grandes empresas lecheras nacionales, las cuales conforman una industria sumamente oligopolizada, de amplia presencia nacional y con un fuerte respaldo financiero y mercadológico. Para los pequeños y medianos productores aún organizados, resulta difícil alcanzar los volúmenes de producción y los niveles de calidad que se requieren para acceder a los sistemas de comercialización actuales, así como obtener presencia en las preferencias del consumidor. Por otra parte, los procesos de maduración de los proyectos y de aprendizaje técnico y organizacional son largos y riesgosos, por lo que no es raro que estos esfuerzos acaben en fracasos, absolutos o parciales, con las plantas de pasteurización quebradas, los tanques enfriadores abandonados y los productores desilusionados.

La alternativa que proponemos, basada en los elementos antes explicados, es no dirigir los esfuerzos a integrar a los productores a un esquema de producción y comercialización en el que tienen marcadas desventajas frente a la fuerte agroindustria lechera, sino a desarrollar y fortalecer sistemas alternativos de procesamiento y comercialización de productos lácteos.

Todavía hoy en México se comercializa una parte importante de la producción lechera nacional como leche bronca, lo que, si bien constituye un riesgo epidemiológico que no debe soslayarse, representa por otro lado, una oportunidad para el productor de comercializar su producción a

precios competitivos. En nuestra opinión, es tiempo de revalorar esta alternativa de comercialización de leche, mediante la incorporación de tecnologías y el diseño de esquemas organizativos eficientes. Ciertamente es necesaria mucha creatividad, pero sólo de esta manera es posible que los pequeños productores nacionales sigan siendo competitivos: explotando espacios que las grandes corporaciones no pueden abarcar y aprovechando las características esenciales de los sistemas campesinos de producción.

La propuesta de revalorar y difundir los quesos criollos mexicanos va en el mismo sentido, y ha sido trabajada ya por un grupo de investigadores mexicanos (Cervantes et al, 2006).

Cría de razas criollas

Existe una preocupación mundial por la desaparición de razas autóctonas de especies de animales domésticos, pues este fenómeno reduce la disponibilidad de material genético para enfrentar cambios en los sistemas de producción y para desarrollar razas nuevas. En los países de la Unión Europea existen fondos comunitarios que subsidian a los productores que crían razas en peligro de extinción, con lo que se fomenta su conservación para el futuro. Sin embargo, en nuestros países latinoamericanos debido a la falta de fondos públicos, este no es el caso, por lo que la conservación debe pasar por identificar y aprovechar características de las razas criollas que puedan usarse para satisfacer alguna demanda del mercado. Es el caso del ganado criollo mexicano, al que se le reconocen buenas cualidades para el rodeo y del cual existe una demanda importante en el sur de Estados Unidos (Ortiz, 2001; Ríos, 2001).

Las variedades de cerdos criollos mexicanos son descendientes de los cerdos ibéricos, y en algunas regiones del país se crían en sistemas de pastoreo que pueden hacerse compatibles con las que se exigen en España a los productores de ciertos jamones (Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2001), por lo que es factible diseñar sistemas que aprovechen la disponibilidad que los ejidos y comunidades agrarias tienen de áreas de bosque, para producir productos de alto valor agregado.

Por otra parte, las gallinas criollas tienen características de resistencia para los sistemas de producción de traspatio, los cuales son una buena opción para la generación de proteína de buena calidad en los traspatios rurales a costos competitivos (Centeno, López y Juárez, 2007). Si los programas oficiales de avicultura familiar se basaran en razas criollas, no sólo tendrían más oportunidades de efectivamente aumentar la disponibilidad de alimentos en las unidades familiares campesinas, sino que abonarían a la conservación y desarrollo de las razas criollas que actualmente existen.

Una interesante oportunidad existe también en la cría de pollos capones en condiciones de pastoreo, los cuales son muy apreciados entre los miembros de varias comunidades de origen español (Villa, 2001). Estos animales deben crecer en condiciones de semi-libertad, por lo que son

factibles de producirse en condiciones de traspato, si se diseñan sistemas productivos armoniosos con las condiciones de la avicultura familiar.

Estos son algunos de los ejemplos sistemas de producción ganadera que pueden aprovechar las características propias de las unidades campesinas, las redes y espacios comerciales locales, así como la diversidad cultural y gastronómica del país. Los modelos propuestos tienen la ventaja de que no enfrentan directamente a la agroindustria pecuaria, ante la cual los productores campesinos tienen pocas o ninguna ventaja, sino que exploran y aprovechan espacios comerciales alternativos.

Conclusión

El desarrollo sostenible sólo es posible en la diversidad, tanto de formas de vida como de producción. El planeta no puede aspirar a ser sostenible a través de la homologación de los esquemas de consumo y las formas de producción occidentales modernas, ya que su impacto en la generación de desechos y el consumo de energía colapsarían el planeta. Ante este escenario, es obligado el reconocimiento y respeto de la diversidad de formas de vida y producción. En México, los sistemas de producción campesinos representan esta diversidad necesaria para la sostenibilidad, pues cada vez son más reconocidas las distintas funciones que cumplen los campesinos en diversos ámbitos, como la cultura, la autosuficiencia alimentaria, el cuidado del medio ambiente y el mantenimiento de la paz social (Bartra, 2002).

En este sentido, una propuesta de desarrollo rural que apueste a solucionar los enormes problemas de pobreza, desigualdad, deterioro ambiental y atraso económico que pernean el medio rural mexicano, debe tener como elemento central el respeto y fortalecimiento de los sistemas de producción campesinos.

En la actualidad se discuten en los ámbitos académicos y políticos nuevos enfoques y estrategias que refuerzan y enriquecen la propuesta de poner en centro de las estrategias a las comunidades y sus sistemas de producción; el enfoque territorial y la defensa de un localismo no excluyente son dos de éstas, las cuales se han pretendido justificar en el presente ensayo.

El futuro de México depende en gran medida del futuro del campo nacional. Muchos de los grandes problemas nacionales actuales tienen su origen, directo o indirecto, en el fracaso de los esfuerzos pasados por eliminar las condiciones de pobreza y marginalidad en el medio rural. Así, la construcción de un modelo de desarrollo rural sustentable es un asunto fundamental para el país, el cual en mi opinión debe considerarse de Seguridad Nacional, pues tiene que ver con el combate al narcotráfico, el cuidado de los recursos naturales (entre los que destaca el agua como bien público), la aliviación de la pobreza y el mantenimiento de la paz social. Por ello, para las instituciones académicas y de la sociedad civil, deben redoblar esfuerzos para ofrecer respuestas al gran número de interrogantes que aún sobra resolver al respecto.

Literatura citada

- Altieri, M.A. (2002), Agroecology: the science of natural resource management for poor farmers in marginal environments, *Agriculture, Ecosystems and Environment* **93**, 1-24.
- Barkin, D. 1998, Riqueza, pobreza y desarrollo sustentable Editorial Jus, Mexico, D. F.
- Bartra A. Orilleros, polimorfos, trashumantes. Los campesinos del milenio. Universidad de México [612], 13-24. 2002. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México.
- Calva, J. L., La disputa por la tierra, México, Fontamara, 1993.
- Centeno, B. S. B López D. C. A. Juárez E. M.; Producción avícola familiar en una comunidad del municipio de Ixtacamaxtitlán, Puebla. *Técnica Pecuaria en México*, No. 1, Vol. (45), año 2007.
- Cervantes E. F.; Villegas de G. A.; Cesín V. A.; Espinoza O. A.; Los quesos mexicanos genuinos: un saber hacer que se debe rescatar y preservar; III Congreso Internacional de la Red SIAL "Alimentación y Territorios" 18 al 21 de octubre de 2006, Universidad Internacional de Andalucía, Baeza, Jaen. España
- Dahlberg, K.A. (2001), Democratizing society and food systems: or how do we transform modern structures of power?, *Agriculture and human values* 18, 135-151.
- DuPuis, D. (2005), Should we go to home to eat? toward a reflexive politics of localism, *Journal of Rural Studies* 21, 359-371.
- Echeverri R., Portilla, M., Rodríguez, A., Sepúlveda, P. Desarrollo Rural Sostenible: enfoque territorial, Sinopsis 2003. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. Disponible en www.iica.int
- Ehrlich, P. 1994, "Too Many Rich People", *Our Planet*, vol. 6, no. 3.
- Esteva G. El debate sobre el desarrollo. *Economía informa* [247], 17-31. 1996. México D.F., Facultad de Economía - UNAM.
- Hodges, J. (2005). Cheap food and feeding the world sustainably, *Livestock Production Science* **92**, 1-16.
- J. R. Villa, M. L. García E I. Sevilla; Comportamiento del desarrollo de gallos capones de las razas Catalana del Prat Leonada y New Hampshire; *Rev. Cubana de Ciencia Avícola*, 2001, 25: Pag.:151 – 154.
- Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2001; Norma de Calidad para la carne y el jamón, la paleta y la caña de lomo ibéricos, disponible en www.aice.es/Proyecto%20Norma%20ibérico%20tramitacion%20oficial%208-2-2007.pdf Consultada el 20 de agosto de 2007.
- Ortiz, L. I. C. (2001), El ganado Criollo mexicano en Norteamérica, en Hernández L., *Historia ambiental de la ganadería en México*, Instituto de Ecología A. C. pp. 68-71.
- Pérez C. J. C., El proceso de acumulación de la tierra. *Estudios Agrarios*, 2005 pp. 75-101
- Riós, L. C. (2001), El ganado criollo de Chihuahua, en Hernández, L.; *Historia Ambiental de la ganadería en México*, Instituto de Ecología A. C., pp. 72-74.
- Sharma, Devinder, Farm Subsidies: The Report Card. ZNet Daily Coomentaries. Disponible en www.znet.org Consultado en septiembre de 2006.
- Teubal, M. (2001), Globalización y nueva ruralidad en América Latina, en Giarraca, N. (Editor) *Una nueva ruralidad en América Latina?*, CLACSO, Buenos Aires, Argentina, 2001. pp. 45-65.
- Zorrilla, O. L. (2003a), Las políticas mexicanas de desarrollo rural en el siglo XX, *Comercio Exterior* **53**(2), 104-113.
- Zorrilla, O. L. (2003b), El sector rural mexicano a fines del siglo XX', *Comercio Exterior* **53**(1), 74-86.